

Rafael Ramírez Blanco es un pintor de trayectoria oculta y solitaria, que ha estado presente en el desarrollo del arte de las últimas tres décadas sin prodigarse, sin casi dejarse ver. Es un pintor de trabajo retirado pero tenido en cuenta por una minoría de cualificados incondicionales que recibe sus escasas y espaciadas exposiciones con veneración.

Pertenece a la generación de artistas valencianos que inicia su rodaje galerístico en la década de los setenta. Su primera individual, ofrecida por la Galería Buades de Madrid en 1974 y posteriormente en Valencia por la Galería Val i 30, apuntaba claramente sus maneras de pintor culto. La exposición reunía veinte acrílicos sobre madera de la serie “Textos, ilustraciones y grafismos” realizada por Ramírez en los dos últimos años, pero fueron presentadas como obras ejecutadas veinte años antes por un artista y teórico ficticio, de su mismo nombre, supuestamente nacido en Valencia en 1904 y muerto en Milán en 1966. Este conjunto apócrifo giraba en torno al universo y el oficio de pintor. Su siguiente exposición individual no tendrá lugar hasta enero de 1979, cuando muestra en la mencionada galería valenciana su serie “Representaciones” (1977-78), formada por una treintena de dibujos a tinta, tramas, gouache y otros recursos gráficos, que experimentaban con el lenguaje de la cartografía, agudamente combinado con los signos optométricos y otros iconos usuales en arquitectura y señalización, con el objetivo último de indagar en las condiciones de la percepción visual dentro de los sistemas convencionales de representación.

La década de los setenta se cerró con grandes expectativas, pues en 1979 fue seleccionado por Juan Manuel Bonet, Ángel González y Francisco Rivas para formar parte de la famosa exposición “1980”, que reunía en la Galería Juana Mordó, bajo la advocación de una nueva década, a una decena de artistas, “un muestrario representativo de lo que va a ser –afirmaban los organizadores– la pintura de los ochenta en nuestro país”. Y ese mismo año estuvo representado también en la exposición “Europa 79” celebrada en Stuttgart.

En los ochenta, se interesa por una figuración expresiva y colorista centrada en la figura humana situada en interiores y entornos cotidianos. Unas obras, como las expuestas en la Galería Sen (Madrid, 1984), realizadas en acrílicos y técnicas mixtas en las que el color alcanzaba un protagonismo inusual en su obra.

Sobrevolando siempre el universo de las imágenes y el oficio de sus artífices, Ramírez Blanco investiga la asociación entre el hombre y los signos más o menos abstractos con los que representamos la realidad, especialmente la realidad urbana. Estudia los códigos sémicos de la civilización contemporánea que él conoce bien, centrándose en la relación del ciudadano de a pie con el mapa urbano, evidenciando la unidad global de las estructuras simbólicas de nuestro tiempo.

La presente obra pertenece a su última etapa, en la que el pintor se distancia de la realidad a través de algunos grafismos sobre texturas lisas y veladuras que ponen de manifiesto tanto su larga experiencia en el campo del diseño gráfico, como su voluntad de crear sugerencias y ámbitos indeterminados y ambiguos, a través de superficies monocromas (ocres o sienas, grises o verde oscuro) ocupadas por formas geométricas realizadas en ligero relieve, que recuerdan su repertorio de finales de los años setenta, aunque resuelto de un modo más pictórico.

Aun así, este acrílico sobre madera está dominado por el dibujo. “Trato de hacer cuadros sin color –nos dirá el artista–. Donde el dibujo lo sea todo. [...] El proyecto de mi obra es, a fin de cuentas, el del dibujo entendido como un concepto cargado de posibilidades para representar.”(1) En él vemos unas extrañas piernas, propias de un personaje de tebeo,

saltando desde una escalera, con las que el artista ha querido plasmar una sensación dinámica basada en la perspectiva “inducida por las diagonales fugadas y por la progresiva disminución, hacia abajo, de los *peldaños*, semejantes a signos de optometría”.(2) En contraste con la visión frontal, o en alzado, de esa extraña escalera, aparecen en el lateral izquierdo varios signos de un plano arquitectónico (dos muros y una puerta) que al estar trazados en planta violentan la representación convencional. Según nos declara su autor: “Lo apuntado parece describir la *experiencia* óptica, la *subjetividad* del trazo que salta diagonalmente, de un extremo a otro, dentro del plano del cuadro, y que fundamenta la configuración de todo cuanto *ocurre* en su superficie: la representación misma mostrada desde *su* propio punto de vista, cerrándose sobre sí, escamoteando al espectador cualquier otra posición o perspectiva.”(3) Con esta disección del espacio de la representación desde los más diversos puntos de vista, Ramírez Blanco nos desvela su concepción de la pintura como intrincado ejercicio mental. Nada más; y nada menos.

NOTAS

¹ En R. Ballester Añón, “Ramírez Blanco o la voluntad del no”, *Tendencias*, 13, Valencia, enero 1995, p. 8.

² Fragmentos de una carta del artista, Valencia, 12 septiembre 2000.

³ *Ibidem*.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 291-293.